

En la muerte de Rafael Azcárate

Por JOSE M^o CHACON Y CALVO

DABA la impresión perfecta del hombre feliz. Había en él un sosiego interior, una resplandeciente serenidad, un equilibrio de las fuerzas del espíritu, que su sola presencia ejercía una influencia bienhechora. Los que fuimos sus amigos íntimos, los que conocimos su larga y silenciosa labor, realizada sin alardes, con una ejemplar sencillez, sabíamos bien que era uno de los valores positivos de nuestra cultura, un continuador ilustre de una tradición familiar que ha dado a Cuba nombres preclaros en la política, en el derecho, en la magistratura.



Al ocurrir su muerte, no se había cumplido aún un año de la desaparición de su hermano menor, el doctor Carlos Azcárate, que conmovió tan profundamente a la sociedad cubana. Rafael Azcárate y Rosell, a quien ahora lloramos, era el primogénito de Don Luis, el íntegro hombre público que sirvió con cabal dignidad, con cumplida eficacia, puestos relevantes en la gobernación del país, entre ellos el Ministerio de Justicia. Sentía el amigo que acaba de morir la responsabilidad de un nombre. Entiéndase bien: la responsabilidad y no la pueril complacencia de ostentar un apellido ilustre. Puede decirse que buena parte de su obra está dedicada al estudio de lo que esta tradición familiar representó en Cuba. Así uno de sus libros esenciales es su magnífica biografía de Don Nicolás Azcárate, el gran reformista cubano, su insigne abuelo.

Cuando la terrible enfermedad que en edad aún temprana le ha llevado a la tumba, en una de mis frecuentes visitas, pude conocer su íntima preocupación por el libro inédito de versos de su hermano Carlos. Había hecho una cuidadosa selección de las poesías del joven maestro de las disciplinas jurídicas. Para muchos sería una gran novedad saber que el autor del vigoroso libro *Estudios de filosofía del Derecho*, fuera también un poeta de viva y profunda sensibilidad. Pero ¿hasta qué punto cumpliría él con aquella sagrada memoria publicando lo que su autor nunca quiso llevar al libro impreso? Y en medio de un intenso sufrimiento físico, que dió a sus días postreros las palmas del martirio, se percibía la angustia moral, que colmaba su corazón por este conflicto de sus deberes fraternos.

El hombre que daba esa rara impresión de la felicidad verdadera, sentía ahora los más agudos dolores. Pero ni aún así me parecía amortiguada siquiera su diáfana paz interior. Su esposa, que tanta luz derramó en su vida, sin apartarse un solo momento de su lado, semejaba la imagen ideal de la compañera incomparable que cantó Heredia en *Los placeres de la melancolía*. Su hermana Agueda era la suave voz familiar, mientras muy lejos, alguien de su sangre que vive consagrado a Dios, rogaba al Altísimo por el hermano bien amado. Y en el coro familiar íntimo, que tanto me impresionaba al visitar al amigo inolvidable, sentía en la anciana dama cómo el parentesco político podía por la ternura y por la comprensión generosa trocarse en una pura lumbré maternal.

En muchas empresas pude apreciar las grandes dotes de Rafael Azcárate. En la Junta Nacional de Arqueología, dirigió en su primera época la revista que publica esta entidad. Era miembro fundador de ese organismo. Su excelente *Historia de los Indios Cubanos* (Vol. IX de la *Editorial Trópico*, 1937) le había acreditado como un profundo conocedor de nuestra arqueología aborigen, de métodos muy seguros, de vastísima cultura en estas disciplinas.

Por aquellos años publicó una síntesis magistral de gran precisión, de sentido filosófico, de erudición caudalosa: su *Compendio de Historia de la Civilización*. La apetencia filosófica de este libro se confirma en un nuevo estudio publicado más tarde: *Cultura y valor* (*Revista Cubana*, enero, junio de 1941, págs. 160-175).

No hacemos sino someras indicaciones bibliográficas. Estos títulos son el testimonio de la deuda de nuestra cultura con Rafael Azcárate y Rosell. Su libro sobre Don Nicolás Azcárate es un modelo de biografías. Una biografía que, como decía el autor en un prefacio que tiene mucho de confesión personal, quiso ser más descriptiva que explicativa. No tenía el menor propósito de ser psicoanalítica. Entre otras razones porque no le inspiraba al biógrafo una gran confianza el psicoanálisis «ni aun como método curativo».

La biografía de Don Nicolás Azcárate se basa, en buena parte, en el archivo familiar. Es así, un libro de primera mano, de investigación directa de técnica erudita. Pero no sentimos en el mismo la pesadumbre de la erudición. El dato documental ilumina el ambiente de una época: adviértase

en este comentario de un acta del Ayuntamiento de Anzuola, la villa de la provincia de Guipúzcoa que fué cuna de los antepasados de Don Nicolás. Se trata de un documento de 1681 que enumera cuántos vecinos son capaces de defender al lugar en tiempos de guerra. En la relación aparece un Juan Bautista de Azcárate, abuelo del primero de este linaje que llega a Cuba, «con su arcabuz, cuerda, pólvora y demás adherente». En muy breves palabras describe el biógrafo a los Azcárates de Vasconia:

«Los Azcárate de Anzuola eran una formidable raza, de campesinos vascongados, hidalgos pobres de aldea. Poseían un torreón en cuya fachada se veían, labradas en piedra, las armas de la familia y cultivaban el predio cercano».

La biografía del abolicionista cubano, del reformista, nos presenta el animado cuadro de una época, que es, sin duda, la edad de oro de nuestra cultura. En este período histórico se afirmó la personalidad del ilustre político, que sacrificó una gran fortuna a sus ideales patrióticos, y cuyo sentido de la palabra describía Martí en una de sus páginas fulgurantes, que recuerda el biógrafo de Don Nicolás:

«Le poseía el discurso en los días grandes, y se miraba con emoción celosa. Se le veía en el hervor del pecho, ir y venir la elocuencia fuerte; y se iba solo con los ojos crecidos, a algún espacio vasto, a la tribuna subía seguro, a paso de senador, y la tempestad le centelleaba en el rostro, agresiva e imperante la mirada, hosca la nariz, deshecho el bigote ralo, hinchado el cuello; al pie de él, se oía como cuando se va acercando la ola...».

En el retrato interior de don Nicolás Azcárate —eso es en fondo la brillante y segura biografía que escribe su nieto— se nos aparece el prócer como un hombre de vivida sensibilidad. ¿No explica esta virtud el espíritu de su biografía ejemplar? ¿No es la clave también de los versos de Carlos Azcárate, elaborados muchas veces en medio de graves preocupaciones de la vida pública?

Yo guardo un precioso libro de mis mayores en el que hay una página casi desconocida de Don Nicolás Azcárate. El reformista cubano fué grande amigo de los de mi sangre. En un álbum necrológico dedicado a María Chacón y Calderón, muerta a los 13 años, el político de altas convicciones escribió unas líneas reveladoras de la poesía que señoreaba su espíritu:

«¿Por qué llorais? os preguntan los poetas —decía D. Nicolás en esa página olvidada—. Porque era nuestra hija, decidles, porque era sangre de nuestra sangre, pedazo de nuestro ser, flor de nuestros amores, luz de nuestras esperanzas: sus ojos, nuestro sol; nuestro cielo, su sonrisa.

«Porque deben morir los padres, respondedles, y no los hijos. Y porque si la ley se cambia, y muere un hijo, es porque Dios necesita lágrimas para redimir la humanidad de las pasiones que la esclavizan, y entonces deben llorar sin tasa los padres en cumplimiento de la voluntad divina».

¿Qué haremos para honrar la memoria del gran amigo, espejo de caballeros, ejemplo de integridad? No creo que nada sea más grato a la ilustre sombra, que gozará de la bienaventuranza que Dios reserva a los que fueron como él, puro de corazón, que la publicación de los versos de su hermano Carlos. Se verá entonces que su glosa poética del Padre nuestro no es una composición aislada en el conjunto, es una poesía que parece responder a las palabras de Rubén Darío:

Sentimental, sensible, sensitivo.

Se habrá satisfecho también la aspiración última de un cubano que como Rafael Azcárate y Rosell, dió nuevos timbres a una insigne tradición familiar.

M. Jul 31/44